

## Una sala y dos cuadros

No sé si lo he tenido siempre, imagino que no, pero ahora tengo mucha más paciencia para mirar el arte. Quizá en una primera mirada pueda uno empaparse de todo lo que un cuadro pueda transmitirle, pero ahora necesito tiempo. Tiempo para interpretar al artista, para ver lo explícito de un cuadro y lo que no es tan explícito, tan visible. Asomarse a un cuadro es como asomarse al brocal de un pozo. Uno busca la mejor posición para ver el reflejo del fondo, la idea primera que el artista quiso mostrar. Algunas veces por la cercanía del agua, por la poca profundidad, la visión de la superficie del agua es directa, inmediata. Hay otras veces que no es tan inmediato, que hay que buscar en lo hondo.

Eso es lo que he hecho este fin de semana, este puente de Andalucía: intentar mirar obras de arte sin prisa. Buscando el fondo de la obra y del artista. Cada vez disfruto más haciéndolo. He visto obras de arquitectura que muestran sencillamente grandiosidad. Están hechas para arrancar la admiración del observador sin más, para un primer y único ¡ohhh! Sirven en muchos casos por y para la vanidad del artista, o del señor que las encargo; pero lo grande y espectacular no es quizá lo que ya me llame más la atención. Uno que es de interior en todos los aspectos, también busca en la obra que llegue ahí, al interior, sin necesidad de pasar por lo espectacular, por lo impresionante de sus dimensiones.

El viernes comenzó esa visita artística que he mencionado anteriormente. El día estaba nublado y amenazaba lluvia. El desayuno fue rápido y nos encaminamos a una de las plazas, justo al lado de la primera visita: un palacio atestado de cuadros. En esa plaza pudimos ver las esculturas que la adornan. Impresionantes. Algunas, copias de las originales, que por su valor no se pueden dejar a la intemperie; otras son

auténticas, pero protegidas de las inclemencias. Gracias a la modernidad y a la previsión pudimos evitar largas colas antes de entrar al palacio. Habíamos hecho las reservas por internet. Y comenzó la visita. Me detenía especialmente en las salas donde se exponían los cuadros más antiguos, por lo general del siglo XIII y XIV. Con toda su simpleza la pintura de la Edad Media me produce fascinación a la vez que le veo un encanto especial. No concibo que pudieran catalogarse de bárbaras en el siglo XVIII. Me gusta ver la simbología que los personajes representados portan para ser reconocidos: las llaves de Pedro, la piel de camello del Bautista, la paloma del Espíritu Santo. No hay perspectiva, no hay técnica y sin embargo hay arte con mayúsculas. Belleza en su acepción más limpia, más pura.

Paso a una sala donde hay dos cuadros que la dominan. Uno de ellos representa en el centro a una mujer desnuda, que tapa su intimidad con el largo cabello que tiene. Está encima de una concha enorme sobre un mar verde. Es ya pintura del primer renacimiento. Un grupo de alumnas japonesas están a un lado, una profesora elegante y atractiva les habla casi en susurros que ellos oyen perfectamente. Una película hay que verla en silencio para entender los diálogos, pero un museo de arte, también. Me siento frente al cuadro. Es de una frescura y colorido primaveral, y voy palmo a palmo escudriñando e interpretando lo que veo. No sé arte, pero eso no quita que uno no pueda interpretar lo que ve. Me lleva mi tiempo. Paso de analizar una parte del cuadro a la totalidad, de una figura a otra. En ese cuadro hay vida, optimismo, vitalidad, sencillez, primavera. Me doy cuenta de que he roto el ritmo de visita, que llevo un tiempo sentado mirando ese cuadro. El otro cuadro, también de Botticelli, no le va a la zaga y con él también me paro. La armonía de las figuras les produce más que movimiento, danza. Sólo al salir de la sala y mirar por la ventana me doy cuenta de que llueve. Llueve en Florencia. De que es invierno todavía, y me siento extraño. Esta vez, esta única vez, y durante unos minutos, la primavera ha precedido al invierno.

